

## CARTA XXXVI.

MARIANO A ANTONIO.

Querido Antonio: ¡Qué agradable sorpresa me ha causado tu no esperada carta! Después de cinco años de ausencia, después de una separación tan larga y cuando menos esperaba tus noticias, me hallo con la tuya en que me avisas tu feliz arribo y me añado la satisfacción de saber que has desempeñado tus encargos á gusto del gobierno. Esto no lo dudaba yo, porque el que con temor de Dios no aparta los ojos de su divina ley, acierta en todo.

Pero no siempre se obtiene en la tierra la aprobación y el fruto de las buenas intenciones, y miro como nuevo beneficio del cielo que las tuyas hayan logrado la aceptación y los premios que me dió. Como quiera, ya has pagado tu tributo á la patria y es tiempo de que pienses en pasar con tranquilidad tus últimos días. Esto se entiende si te dejas, pues sabes que si el gobierno necesita tus servicios, está es la primera deuda de un buen ciudadano.

Mucha satisfacción hubiera sido para mí que el navío que te condujo hubiese arribado al mismo puerto de que saliste, pues entonces te hubiera visto y alargado al peso y nos hubiéramos instruido mutuamente en los sucesos que han ocurrido durante tu ausencia. Te agradeceré la relación que me hagas, pero amigo, hay mucha diferencia en contar ó escribir las cosas. Una carta es un testigo frío que refiere sin interés, que describe sin fascinación, y el discurso con el gesto del semblante y las inflexiones de la voz anima cuanto dice.

Esta es el inconveniente en que voy á caer. Tú quieres que yo te refiera mi historia, que te cuente lo que hay de nuevo en esta casa, que te diga cómo me va en ella, si he logrado educar bien á los dos niños según me lo propuse, si estos han aprovechado, si su padre ha podido ejecutar los grandes proyectos de beneficencia en que quería ocuparse, si, como diéste, ha logrado transformar este lugar, que te pareció tan abominable, misero y asqueroso, en un pueblo sano y agradable; en fin, quieras que te refiera por menor todo lo que se ha adelantado en este tiempo.

Esta relación, amigo, no es tan fácil de hacer como quizá te lo imaginas, porque en estos cinco años se ha hecho tanto y nos han pasado tales cosas, que no es posible comprenderlas todas en una descripción. Las novedades y mejoras que mi amigo ha hecho y hace todos los días en este lugar, son tan rápidas como prodigiosas. Si hubieras pasado por aquí, hubieras tenido un día delirioso con la sorpresa del asombro y con la vista de tan feliz é inopinado espectáculo, porque la mutación de la escena es completa, lo que dejaste ruina, asco y miseria, lo hubieras visto convertido en hermosura, limpieza, abundancia y felicidad.

En pocos días te hubiera enterado mas de lo que yo pudiera decirte. Aunque te diga mucho, es imposible que te lo diga todo; pero pues Dios no ha querido darme este gusto y tú exiges de mi amistad este tributo, voy á obedecerte. Procuraré darte una idea de lo que se ha hecho en estos cinco años y del estado en que se halla hoy esta población. ¡Qué diferencia, amigo, des-oírlo á verlo! por tu imaginación suplirá á la debilidad del pírculo y tu amistad reconocerá el esfuerzo que hago por servirte.

La misma noche que te separaste de nosotros para continuar tu viaje, me expliqué con mi amigo y le dije: Ya me tienes aquí; me bastó saber que te desahabas y estoy dispuesto á obedecer cuanto me ordenes pero como entre las ideas que me has descubierto incluye la de encargarme la educación de tus hijos, debo repetir lo que dije á Teodoro: no me hallo capaz de tan alta confianza, no soy hábil para educar dos niños que por su fortuna y nacimiento serían destinados á los empleos mas elevados, y me parece que debo desahagarme, porque algun día lo conocerás cuando ya será tarde.

No crees que mi intención es burlar del rogar, y menos que afecto esta modestia por no verme trojar, tan despreciable conducta es muy ajena de mi carácter franco. Y para que veas la sinceridad con que te hablo, desde luego te digo que hay muchas cosas que les puedo enseñar. Primeramente la religión, que ha sido siempre mi primer estudio; tengo tambien alguna instrucción en las matemáticas, en la física y en algunas otras ciencias útiles y bellas.

No solo les enseñaré todo esto con gusto, sino que me encargaré de velar sobre ellos y dirigir su conducta con la mas cuidadosa aplicación; pero si se trató de formarles el gusto y de darles estas gracias exteriores y modales ciertas que tanto se estiman en el mundo, te declaro que soy inútil, que no sé nada y que no soy á propósito. Sí, me pesa, pero que estoy pronto á todo lo que pueda servirte útil, pero que no debes fiarte tanto en mi ignorancia, y te suplico que busques otros medios que te aseguren el retorno.

Yo estimo mucho, me respondió, tu frívida franqueza, y respeto mas tu modesta desconfianza; pero te responderé como Teodoro: si yo quisiera dar á mis hijos la brillante y corrompida educación del mundo, buscaría un preceptor de otras calidades que las tuyas. Mi ánimo es darles una educación ilustrada, pero cristiana. No excluiré enseñanzas lo que contribuya á sostener su nacimiento con decoro; pero no quiero que aprendan nada que les desvíe de esta primera vocación.

Por otra parte, Mariano, viendo los embarazos en que estás y las dificultades que te abultas, me figuro que te farías fantasmas y que tu imaginación te representa que una educación es un monstruo horrible. Quizá mi tranquilidad nacó de mi ignorancia; pero yo he puesto en este papel las ideas que me han ocurrido y los deseos que tengo sobre la de mis hijos. Sirvete de leerlo y reflexionario despacio. Mira, yo me veo en la necesidad de hacer una ausencia de tres días. Me es indispensable partir mañana muy temprano á uno de mis lugares. Como no te esperaba, he escrito á muchos con quienes tengo que tratar negocios graves de que ya te hablaré; me estarán esperando y les hubiera mucho perjuicio si yo no fuera.

Te menester pues que me perdones. Siento dejarte tan presto, aunque espero volver luego y que no volveremos ya á separarnos. Me parece tambien que está breve ausencia puede ser útil para que te queles solo con mis hijos; así se acostumbrarán á mirarte como el padre, elayo y el amigo de quien dependen. Buélgote, pues, que reflexiones sobre lo que expongo. A mi vuelta volveremos á hablar y Dios ayudará nuestra intención. Mi amigo me dió un papel, parósi á otro día y yo desde que me vi solo, leí su escrito, que decía así:

Si yo fuera, Mariano, árbitro del destino de mis hijos, si mi actual desahagido debieran arreglar sus vocaciones y si no debiera dejarlos en libertad para que cada uno la escogiera por sí mismo y según el cielo se le inspire, mi deseo sería que no escogieran otra que la actual que tenemos y á la que por mi desgracia me he reducido tan tarde. Quisiera que se educaran aquí, para vivir aquí siempre, y que nunca salieran de este solitario y pacífico retiro en que conservarían mejor su inocencia.

En efecto, amigo, si lo consideramos con la luz de la verdad, no siendo la tierra mas que un estado de prueba, no siendo nosotros mas que pasajeros que caminamos á la patria, y no concediéndose el tiempo de la vida transitoria sino para merecer la eternidad, solo se puede llamar dichoso el que pasa lejos de los riesgos que presenta el mundo, en donde á la corrupción de la flaqueza propia se añaden tantos alicientes con las máximas falsas y malos ejemplos.

Por eso yo no conozco en la tierra mayor dicha ni mas apreciable gracia que la de pasar toda la vida desde la edad primera en el retiro de una casa ó en el seno de una comunidad que se consagra toda á la virtud. ¡Qué ventaja es haber pasado los días borrascosos de la juventud con la sujeción de una severa disciplina, con la luz de continuas exhortaciones y con el estímulo de los buenos ejemplos! La mas débil virtud puede sostenerse con tantas barreras que se le ponen para que no caiga. Este tiempo que tanto pesa, esta ociosidad que es tan peligrosa y que abre la puerta á todos los vicios, no tiene allí lugar ni puede producir sus estragos, porque todas las horas se ocupan con arreglados y religiosos ejercicios.

Así se pasa la vida sin sentir, y cuando con la edad se calman las pasiones, se reconocen con gratitud todos los bienes que se consiguen. ¡Qué felicidad la de habersé librado de tantos peligros y verse en el puerto desde donde se resisten tantos naufragios! ¡Qué consuelo el de verse coronado de amables contra nuevas tempestades! ¡Qué fortuna encontrarse cerca de la miseria acostumbrada á la virtud! ¡Ah, Mariano! los que el cielo ha distribuido con este pri-

villegio, deben dar muchas gracias á Dios. Estos son los felices verdaderos, porque han navegado con viento propicio y llegan á la orilla sin naufragar en las tempestades.

Pero como el mundo no puede componerse solo de hombres retirados, porque la armonía y conservación de las sociedades humanas exigen diferentes destinos, y todos provienen del autor del orden, es sin duda necesario que cada uno siga en general aquel que le indica el cielo por su situación y nacimiento, y es claro que todos pueden hacerse felices en ellos. ¡Dichosos pues aquellas que contentos con la suerte que les ha cubido, no aspiran con ambición inasaciable á ser mas que lo que Dios ha querido que sean, y que sin añadir los riesgos de la opulencia ó de la autoridad, procuran en su esfera cumplir con sus obligaciones!

Pero la desgracia es que el hombre por la degradación de su naturaleza y por el desorden de sus pasiones aspira siempre á elevarse, y el moral del mundo es tan corrompido, que á este desarrreglo del corazón da la nombre de ambición humana. El inhumano y peligroso anhelo de dominación se llama elevación de alma, y nadie se avergüenza de pretenderlo todo. El orgullo ha perdido toda especie de rubor, y con desahago se manifiesta poco satisfecho si no manda á sus semejantes y si no lo domina. Esto es lo que únicamente ocupa toda su actividad, sin reflexionar jamás que cada hombre, cada grado, cada dignidad le corra á los nuevos peligros, le aumenta las obligaciones y le añade mas dificultades de salvarse.

Si los hombres nacieran cuerdes, cada cual contento con la suerte que le cupo, lejos de extenderla, trabajaría por reducirla lo mas que le fuera permitido. Su mayor deseo sería separarse de sí todos los seres ajenos ó superfluos, para reforzar su atención sobre sí mismo y sobre los deberes inexcusables que el cielo y la naturaleza le imponen. No es la tierra la mansion de las dichas; ni puede haber en ella estado que no tenga sus penas; pero si la imaginación buscara el que tuviera menos, iría á buscar en derecho á un propietario, que lo es mas que de un corto terreno, de un territorio suficiente para ocuparse sin cesar y para mantener sin escasez una virtuosa familia. Este hombre, si un mal gobierno no le agite, es el que en mi juicio podrá correr los días de esta miserable vida con mas tranquilidad ó independencia, será el que al fin de su vida habrá sufrido menos, y saldrá de ella con menos responsabilidad.

Así pues, esta loca ambición que no aspira mas que por empleos, dignidades y honores, no hace mas que trabajar por hacer mas peligrosa y mas difícil la cuenta que tenemos que dar. Por divertirse y contentar el corto número de días que vive, con sus mismas manos hace cuanto puede para hallarse rodeado de riesgos y dificultades en su tránsito á la eternidad. Al que ha nacido en medio de estas dichas del mundo, parece que la Providencia le destina, y el cielo le encarga semejantes obligaciones. Así pues, debe recibirlos como una carga que el cielo le impone, y pedirle sus luces para desempeñarlas; pero no debe buscar otras, sino contentarse con las que le indica la voluntad divina.

Yo creo que estos deben ser los principios de un cristiano, que su trastorno es el origen de todo el desorden del mundo, y que esta preparación en ideas tan raras no solo le contrasta al espíritu del cristianismo, sino muy daño-

na á la humana sociedad; porque, amigo, esta ambición es general con que todos pretenden salir de la clase ó esfera en que los colocó la naturaleza para elevarse á otra superior, está en continua contradicción con todas las reglas de buen gobierno, y pervierte las ideas del orden.

Los hombres que la naturaleza destinó al campo ó á los trabajos de las artes, abandonan por lo común los lugares donde nacieron y en que pudieran ser muy útiles. Se trasportan á las ciudades muy populosas, en donde abundan las riquezas, se reparten los empleos, y en donde escogen hacer fortuna; pero no están ciertos que la encuestran, como que hallarán en ellas una corrupción de costumbres desconocida en sus hogares, y es muy de recelar que perderán su inocencia antes de encontrar un destino.

De esto nacen tambien otros muchos inconvenientes políticos. Pues esta es la causa primordial de esa depolaridad multitud de ociosos, mendigos y vagamundos que infestan la nación y del atraso de los oficios; pues si los hijos siguieran desde luego el oficio de sus padres, le aprenderían mejor; y de esto proviene el abandono del campo y atraso de la agricultura, la disminución de la población útil y el aumento de la vicia y superflua; pues no solo una parte se hace inútil y muere entregándose á los vicios, sino que tambien otra deja de ser provechosa, porque se entrega á las tentaciones del lujo. Seria nunca acabar describir estos daños; pero como no son de mi asunto, voy á tocar otro inconveniente mayor y que me pertenece mas de cerca.

Digo mas de cerca porque nosotros mismos somos los actores. Esta manía de mejorar la suerte no se concierne en los que nacieron sin haberes; tambien se extiende á los que lograron la mejor y la mas alta fortuna: Parece que los que obtuvieron el privilegio de nacer con distinción y con riquezas, no debían tener otra ambición que la de gozar de estas dotes y hacer buen uso de ellas; pero no es así. El grande aspira á ser mas grande y el rico quiere ser mas rico.

Yo me figuro un jóven, como yo era, nacido en el seno de la grandeza y la opulencia, heredero de una casa distinguida y señor de muchos lugares, en que mis abuelos me dejaron cómodas habitaciones. Si yo hubiera tenido una sombra de religión, si hubiera querido consultar mi razon, esta me hubiera dicho que pues el cielo me habia enviado al mundo con tantas ventajas, me indicaba en ellas mismas la dignidad y ventajas de mi nacimiento. Ateso hubiera sido mejor para mí y para todo los demás no nacer con estos privilegios que los hombres estiman tanto, acaso á los ojos de la fe podrá ser mas útil que el que nace con menos tierras y ninguna señorío; pero como no se escoge el nacimiento y que es menester recibirle como Dios le da,

Yo debía pues considerarme como el padre de todos esos pueblos, como un tutor nombrado por el cielo para cuidar de su felicidad. Y ved aquí una vocación conocida é indubitable; porque mis obligaciones eran naturales é inherentes á la dignidad y ventajas de mi nacimiento. Ateso hubiera sido mejor para mí y para todo los demás no nacer con estos privilegios que los hombres estiman tanto, acaso á los ojos de la fe podrá ser mas útil que el que nace con menos tierras y ninguna señorío; pero como no se escoge el nacimiento y que es menester recibirle como Dios le da,

aquel que le recibió con estas que el mundo llama ventajas, debe por lo menos entender cuáles son sus obligaciones. No seria justo que cuando sobora las dalturas que le halagan, no sintiera las deudas que le imponen.

Es pues evidente que todos los que hallan en su nacimiento el derecho de mandar á otros hombres y de llamarlos vasallos, nacen tambien con la obligación de protegerlos, y por consiguiente que el primer objeto de su educación debe ser el formarles un corazón benéfico á favor de estas gentes que el cielo les confia, hacerles conocer y sentir el rigor de la miseria, para que procedan desterrando de los confines que Dios ha señalado á su celo, enseñarles los principios de la felicidad pública para que sepan promoverla en sus dominios, y en fin, hacerles entender cuánto deben animar al trabajo, desterrar el ocio, expiar los vicios y alentar á la virtud.

Como para obtener estos bienes es necesario adquirir los conocimientos de la experiencia, es menester dárseles, hacerles ver los ejemplos de otros pueblos felices por haber logrado buenos administradores, y hacerles conocer los medios con que los han conseguido. So les debe dar la idea del orden y tratar de inspirarles el gusto y el amor de esta virtud, porque sin ella el talento es inútil y los esfuerzos vanos. Sobre todo, se ha de trabajar en hacerlos humanos, generosos y sencillos, haciéndoles entender que si Dios los distinguió en sus antojos, sino para convertirlos con modificacion y decaencia en sus necesidades y en su familia, y para que repartan las restantes sobras los pobres, especialmente aquellos que puso bajo su dirección.

Ved aquí las primeras ideas generales, y no puedo dejar de lastimarme al paso cuando reflexiono en qué contraria á estos principios fué la educación que recibí y la que se da comunmente á nuestros ricos y señores. En lugar de instruirlos que si tienen pueblos es para gobernarlos bien para socorrerlos, consolarlos y servirlos, solo se les repiten los nombres para contentar su orgullo y apenas los conocen sino por las exacciones con que los consumen. Pocas veces van ellos, y si van es á recibir los respetos que exigen, y no á informarse de sus miserias para remediarlas. En lugar de hacerles conocer las obligaciones con que han nacido y de enseñarles los medios de desempeñarlas, su mismo educación los devía de estos objetos propios de su estado, y solo se ocupan en objetos extraños de su vocación, en ideas que solo pueden excitar una mal entendida ambición, pues contradicen, y aun se pudria decir que ensañan los destinos de la Providencia.

Así se ve que la mayor parte de los hombres que han nacido en medio de la grandeza y la fortuna, que traen consigo cuando pudieran satisfacer un corazón sano y ocupar su vida con honor y virtud, no contentos con tan altas ventajas buscan otras que acaso no son mayores. Desearían gobernar paisanos, desprecian el respeto de hombres sencillos, no sienten el insólito placer de hacerlos felices y en lugar de esta noble y digna ambición, por un incomprensible prestigio del orgullo tienen la de mandar á sus iguales, tal vez á sus superiores, y para esto solo ambicionan los cargos militares ó los empleos de la corte.

No digo que la primera dote de un ciudadano, por mas noble y rico que se le suponga, no sea de servir al Estado

en que vive y al soberano que le manda; pero esto debe entenderse cuando el Estado y el soberano necesitan de su persona y cuando pueda serles útil. Hay mucha diferencia entre los que aceptan los empleos por obediencia ó por deber, y los que los solicitan con ardor y los arrancan con importunidad; entre los que quieren pagar su deuda y los que solo aspiran á satisfacer su ambición.

Los primeros, si emplean algun tiempo ó los años de su juventud en el servicio del Estado, desde que crecen hacenlo cumplido, y cuando no tienen talentos extraordinarios que los hagan necesarios, se retiran á pensar en sí mismos y sobre todo en la felicidad de los pueblos á quienes no solo deben las distinciones naturales, sino la propia subsistencia. Los otros siempre alucinados con la pueril ambición del mando, son como niños viejos que envejecen adormecidos, ó en los cargos militares en que no son útiles, ó en los empleos de palacio en que no son necesarios.

Esta manía que se ha hecho tan general, es una de las mayores causas de la desolacion del Estado. Al principio debió su origen á la política. El reino estaba dividido en partidos. La autoridad real no estaba todavia bien establecida. Los señores de pueblos que vivían en ellos eran muy poderosos, se hacían la guerra entre sí y tal vez la hacían á su rey. En estas circunstancias fué conveniente traerlos á la corte y tenerlos á la vista para asegurarse de su conducta. Para contentarlos se les halagó con la perspectiva de los empleos de palacio; y esto bastó para satisfacer su orgullo. Después sus pasiones hallaron en el tumulto y placeres de la corte como recompensas del ocio y de la dignidad que dejaban abandonada en el campo.

El hombre sabio se pudria reir de la habilidad de los unos y de la imbecilidad de los otros, si este descuidado de las indicaciones naturales no produjera mas que un espectáculo sin consecuencia, si no fuera mas que un objeto especulativo como otros muchos en que se ve por un lado la destreza del supremo poder y por otro la ridícula ambición de los que se le acercan, pero no puede dejar de afligirse cuando considera los muchos males que ha producido; pues no hay duda que este es uno de los daños mas capitales que pueden contribuir poderosamente á la ruina de la prosperidad general.

Así se admira y se aplaude á la política que entonces se sirve de medio tan oportuno para establecer la autoridad suprema y protectora que debia traer consigo la paz, el orden y la felicidad; pero seria igualmente loable que después de haber logrado tan completamente su designio y cuando ya segura de sí misma no necesita de tan duro remedio, procurase curar los males que ha ocasionado, restituyendo á la naturaleza los medios de que se vale para derramar con mano menos desigual sus beneficios sobre toda la extensión de las provincias y de los pueblos.

Porque no hay duda que la naturaleza es liberal en todas partes, que no hay distrito habitado por hombres si quien no ofrezca sus producciones respectivas, pero en todos exija trabajo y cultivo. Su intencion en general y con algunas ligeras excepciones es, que cada terreno tenga sus propios productos, que los hombres vivan en el suelo en paz con la tranquilidad de la vida y para hallarse con medios iniquitados á la hora de la muerte. Pero como yo que nacen, que cultivén la tierra en que viven, que se alimenten con los frutos que reogen, y que además tengan un superfluo para trocarlo por lo que les falta. Así la ha-

de como violencia el que desordena esta marcha regular de su arreglada y benéfica atencion. Y todas las instituciones sociales que se opongan ó contradigan á estos principios, parecen que la fuerza y violenta.

De aquí nace que la formación de las ciudades populosas en ciertos puntos de la tierra en que se acumulan muchos hombres, dejando abandonados muchos campos, es una operacion que solo ha podido dictar la necesidad de la defensa en la guerra ó el delirio de la ambición en la política, que no puede ser hija mas que de la desgracia ó del error, que se opondrá y estará siempre en contradicción con las sabias instituciones de nuestra madre común, y que la buena política cuando no pueda atajarla desea á lo menos contenerla.

Pero nada puede alterar tanto las intenciones de la naturaleza como el establecimiento de una metrópoli. Como reside en ella el Soberano, dispensador universal de todas las gracias; como allí van á parar todas las riquezas, porque todas las provincias tributan al erario, como allí arrostra la ambición á todos los pretendientes, como allí corre todo el comercio porque allí espera mas ganancias; y en fin, como allí va todo porque es todo; la corte podria llegar á ser el gigante del reino, y como un monstruo del cuerpo político que se traga cuanto reino produce, y si la política no le ataja esta raba devoradora, si no sabe detener en su puesto á los que con tanto irresistible propensión á arrojarle en el grande abismo, no tardarian en quedar secos y agotados los canales que entumescen su monstruosa excrecencia.

Esta manía de trasportarse los hombres y las riquezas, este furor de huir del país nativo para congregarse en la corte, ocasiona en gran parte la ruina de las provincias, los campos quedan despoblados sin brazos y destituidos de medios, la agricultura se debilita, las artes huyen ó se entorpecen, las producciones disminuyen y toman unos precios tan subidos que incomodan á todos.

El medio único, el mas simple y seguro es, que el gobierno promueva por leyes, por ventajas y por cuantos arbitrios le da su autoridad, que los señores, los ricos y los grandes propietarios vayan á habitar en sus tierras. Esto solo es capaz de hacer revivir una nación en poco tiempo. Entonces los que son dueños de las tierras se verán obligados á cultivarlas. Los jornaleros hallarán ocupación, las artes ejercicio, la agricultura medios y las estambres muchas mejoras. Me he embarcado en esta digresion, porque la aplicación de estos principios es la que me ha dado las ideas que tengo sobre la educación de mis hijos. Y así vuelvo á ellos.

El cielo los ha hecho de una clase que segun las máximas del mundo, pueden aspirar á los mas altos empleos de la guerra y de la corte. A pesar de mis profusiones y delirios, yo espero dejarlos muchos rentas, tierras y señoríos. Me asuso con la luz actual de mis desengaños, yo quisiera que tuviera menos, porque ya siento la carga y la cuenta que se ha de dar á Dios. Una fortuna mediana independiente y exenta de obligaciones me parece el mas alto grado posible de la felicidad humana; porque esto es algo grande para la tranquilidad de la vida y para hallarse con medios iniquitados á la hora de la muerte. Pero como yo no puedo defraudarlos de los bienes que les reparte el cielo, no me queda otro arbitrio que educarlos de manera que

puedan después hacer de ellos el buen uso que deben.

Supuesta esta base, si yo escuchara mi razón y los temores de mi propia experiencia, quisiera que se erasen en estos campos y que nunca saliesen de ellos. Quisiera dividir su fortuna de manera que con ella se formaran dos partes iguales y dejar á cada uno la suya libre, independiente y separada. Quisiera inspirar á los deos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar pábulo á la inquieta actividad de la juventud, como para distraerlos de toda afección ó gusto pernicioso. Quisiera inspirar á los deos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar pábulo á la inquieta actividad de la juventud, como para distraerlos de toda afección ó gusto pernicioso. Quisiera inspirar á los deos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar pábulo á la inquieta actividad de la juventud, como para distraerlos de toda afección ó gusto pernicioso. Quisiera inspirar á los deos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar pábulo á la inquieta actividad de la juventud, como para distraerlos de toda afección ó gusto pernicioso.

Bien sé que no debo forzar sus destinos, y que ellos los deben escoger; pero puedo aconsejarlos y dirigirlos. Mi naufragio debe estimularme á que con celo los aljeje del golfo. Si en mayor edad con mas conocimientos quieren ir á servir en la corte, lo podrán hacer; pero no será yo el que los encamine. En cuanto á la guerra, conozco su obligación; y si manifiestan aptitud para ella y si las circunstancias lo exigen, no me oponeré á que paguen su deuda al Estado; pero quisiera que al instante que dejen de ser títulos, se vuelvan presurosos á su dulce retiro.

Yo me figuro, amigo, que dos muchachos instruidos y acostumbrados á las apacibles tareas de los campos, que siempre ocupados no han dado lugar á la coisidiosa ni entrada á los vicios, que han hallado temprano los halagos de la naturaleza entre los brazos de una mujer querida y honesta, y que extenderán por lo regular los afectos de su corazón á los frutos que nacerán de sus honestos matrimonios, han alcanzado toda la dicha que es permitida á los mortales en la tierra: habrán pasado el borrascoso intervalo de la juventud con menos peligros, llegarán á la madura edad mas acostumbrados á la inocencia y á la virtud y podrán, en fin, terminar el breve curso de esta vida fugaz con menos zozobra y con esperanzas mas bien fundadas.

Con esto te he descubierto el blanco que se proponen mis deseos, y ya debes entrever las líneas que me pueden dirigir á este punto. La primera es ocuparlos siempre. Con este fin me propongo enseñarlos y acostumbrarlos á los ejercicios rústicos; y á medida que se vayan adelantando en edad, repartiré entre ellos el cuidado de diferentes ramos, que yo gobernaré en secreto, pero les dejaré el honor de su inmediata dirección. Antes de esto les haré frecuentar las casas de los mas hábiles artesanos, para que adquieran una idea de todos y cada uno de los oficios mas necesarios. Esto los pondrá en estado de saber lo que mandan ocupará su tiempo, ejercerá sus miembros y robustecerá su temperamento.

Además, quiero que se apliquen seriamente á una arte y la aprendan perfectamente, como si hubieran de ganar con ella su vida; y hasta ahora lo que me ha parecido mejor es el de carpintero, así porque todo él es necesario, como porque sé que en el lugar hay un maestro que por fortuna es muy hábil y de costumbres excelentes. Mi ánimo es ocuparlos ahora estos tres ó cuatro primeros años poniéndolos allí por algun tiempo. Esto es, irán todas las mañanas á aprender una ó dos horas, y esto bastará para su instrucción, y me parece que con esto pasarán una juventud muy ocupada.

Si consigo que se acostumbren á esta vida simple é inocente, si el amor de los hijos que tuvieron hasta para llenar su corazón, si puedo lograr que su mayor pasión sea la felicidad de los pueblos, si veo que continúan los ejemplos que me propongo darles, si después de vivir con moderación cumplen el sobrante de sus rentas en beneficencias generales de sus pueblos y en el socorro de los necesitados, y en fin, si obtengo que su corazón no necesite de otras diversiones y placeres que los que puedo presentarles la dulce paz de una familia querida, la felicidad de sus vasallos, de sus criados, dependientes y de cuantos tengan relación con ellos, yo seré el mas feliz de todos los hombres.

Pero como su gusto puede no conformarse con estas ideas, como el destino ó las circunstancias pueden llevarlos á la corte, á la tropa ó á grandes ciudades, me parece que debo darles una educación tal que puedan presentarse en todas partes con decencia. Así me parece que debo hacerles aprender el latín, que es la lengua de la religión y de las ciencias, sobre todo la suya propia, que es la que deben hablar siempre; y que además deben hacer otros estudios que contribuyan á ilustrarlos, á rectificar su juicio y moderar su corazón.

Pero esta es la parte en que por mi muy descuidada educación me hallo menos instruido, y necesito de que mis amigos me socorran, principalmente Mariano, á quien pido me explique con frecuencia lo que puede haber de defectuoso en las ideas generales que aquí le expongo, y al mismo tiempo me indique la marcha, el método y la naturaleza de los estudios útiles que puedo hacer.

Yo quedé muy consolado leyendo este escrito, en que vi ideas tan conformes á las mías, y al instante me puse á redondearlo en estos términos.

Todo lo que dices, amigo, en tu papel es excelente y mi corto talento se alienta mucho con tus juicios y cristianos proyectos, porque creo que podrá ayudarte en muchos de ellos. Yo habia meditado poco hasta aquí sobre estas materias, pero me parece que cuando Dios te inspire ideas tan sólidas y deseos tan santos, si tomamos la luz del Evangelio para que nos alumbré, podemos marchar sin riesgo de extravío.

Tú, quieres que junte mis reflexiones con las tuyas, y á pesar de mi justa desconfianza voy á hacerlo con el celo de la amistad. Yo pienso como tú, que no estando seguro del gusto de tus hijos ni del partido que querrán tomar en adelante, debes darles la especie de educación universal que te propones. Una educación tal, que conformándose con tus deseos, se acomoda á vivir siempre en sus tierras, pueda hacer su propia felicidad ocupándose en la administración de sus haciendas y en el bien estar de sus pueblos; pero que tambien si su gusto ó las circunstancias los conducen al comercio del mundo en la corte, en la tropa, en las grandes ciudades, puedan presentarse sin rubor y sostener con decencia el carácter propio de su clase.

Pero, amigo, para lograr estos dos fines, no es menester mudar de plan. La buena educación es buena para todo. La religión, la moral, los principios de las ciencias útiles y los conocimientos de las artes útiles que deben ser la base de una educación bien entendida, sirven para todas las situaciones y destinos, y son tan propios á dirigir y hacer feliz al hombre del campo como al cortesano, al militar ó al ciudadano. Así en el plan que voy á describirte, yo gozo de proponerle mas que las instrucciones necesarias y útiles,

que son siempre ventajosas en todos los esta-<sup>os</sup>, y sin las cuales ningún hombre puede decirse verdaderamente instruido. Yo no te diré sino lo que creo absolutamente necesario para formar lo que se llama un hombre sólido, capaz de todo, y que le pone en disposición de hacer buen uso de sus talentos y fortuna, de pagar á Dios el tributo que le debe, de ser útil á los demás hombres, de ser feliz y hacer felices á todos los que le rodean. En fin, te expondré la educación que en estas circunstancias me parece conveniente á tus hijos, y tal como yo concebí que se debiera dar á todos los jóvenes que nacen en una casa distinguida con la esperanza de heredar muchos bienes.

Ya estamos convenidos que el primero de nuestros estudios será la religión y que todos los demás serán subordinados á este. Que no solo los haremos aprender las verdades fundamentales de la fe, sino tambien la historia de la religión para que vean en ella las pruebas evidentes de su divinidad. Y sabes que este es el defecto mayor de nuestra educación general. Apenas se enseña á los niños la doctrina cristiana en la infancia primaria y cuando todavía no son capaces de reflexión, y apenas se les da una idea confusa de los grandes misterios, sin que se los expliquen jamás los motivos que tienen para creerlos.

Después se les lleva á la gramática y otras artes ó ciencias sin que les vuelva á hablar de religión; y cuando acabados estos estudios literarios, debieran ellos mismos abrir los ojos y enterarse de la religión que profesan, por la mayor parte no lo hacen ó las pasiones los arrebatan ó los negocios los ocupan, y de esto nace que los mas, aun de aquellos que pasan por instruidos, jamás la conocen bien y que los mas fútiles ataques de la incredulidad los perturban y los pervierten.

Nosotros tratamos de preservar á los nuestros de este peligro. No solo los enseñaremos lo que deben creer y practicar, sino el por qué lo deben practicar y creer. Las cartas que escribíste á Teodoro y lo que te ha dicho tu director, acomodado por nosotros á la capacidad de tus hijos, nos facilitarán este estudio y no descansaremos hasta dejarlos bien agueridos y fortificados contra los ataques de la falaz filosofía.

Pero como después de la fe no hay nada tan esencial como las costumbres, en esta parte debe ejercitarse mucho nuestra vigilancia. Yo pienso que la primera obligación de un padre ó de unayo que se encargó de la crianza de un niño, antes de ninguna otra cosa es enseñarle de manera que nunca pierdan la inocencia que les dió la naturaleza de su bautismo. El que por su ambición, su avaricia, sus malos ejemplos, ó solo por su negligencia los priva de bien tan soberano y los expone á quedar en la esclavitud del demonio, comete el mayor delito que un hombre puede cometer.

¿Qué conseguirá un padre con que su hijo sea el honor de su familia, la delicia de la corte ó el héroe del estado? ¿Qué logrará con dejarles grandes bienes ó verle en los mas altos honores, si no le deja el gusto y el amor á la virtud? ¿Y qué será él mismo sino un padre cruel tanto mas inhumano cuanto mas haya procurado estas ventajas pérdidas con que le ha escondido mas su peligro y le ha hecho mas difícil el remedio? Este hombre no es un padre, es un sacrilegio que ha destruido el templo de Dios vivo para construir la infame Babilonia. Es un furioso insensato,

porque no puede haber mayor demencia, frenesí mas estúpido ni delirio mas rabioso y brutal, que el de un padre inocente que arrostra consigo á un hijo incauto y lo precipita en el abismo en que él se arroja.

Para que un padre pueda conservar intacta la inocencia de su hijo, es indispensable que sin cesar lo aparte de la vista todos los objetos que le pudieran seducir ó que le fortifiquen contra ellos. Debe ser un ángel tutelar que que le acompañe en el camino quitándole todas las piedras con que pueda tropezar. Sin duda que debe perfeccionar su espíritu, aprovechar sus talentos y el bien uso de ellos; pero no lo conseguirá si antes no le enseña á conducirse en todo por la razón. Y como un niño no es capaz de ella, es menester que supla su defecto por la autoridad de la ley divina, haciéndole entender, que esta es la regla suprema, y que no hay ni puede haber razon mas segura ni sublime que la que le dio Dios nos ha dado y que quiero invariablemente él mismo.

Así pues, antes de todo es indispensable empezar por la obediencia que se debe á la ley y acostumbrarlos á respetarla y sujetarse á ella. Esto no es fácil porque los hombres en general y mas particularmente los niños solo creen las impresiones de sus sentidos. Son carnales y casi solo los comueven los objetos exteriores. Las impresiones morales son hijas de la reflexión y ellos la tienen débil todavía. Pero por lo mismo que por su organización son poco capaces de raciocinio, es menester suplir esta falta con algun resorto que les produzca algun efecto. Y mientras no puedan conocer por sí mismos la evidencia de las verdades metafísicas, no voy otro que ponerles á la vista la autoridad del Criador á quien se debe obedecer.

Por eso un padre no debe conceder nada á sus hijos por pura bondad, menos por capricho y mucho menos por importancia. Me parece que siempre á la vista de sus hijos debe conducirse únicamente por la razón, y hacer de esta razon, que dimana de la ley divina, un principio ó una regla general y necesaria de las acciones y voluntades de todos; que es menester acostumbrarlos desde la edad mas tierna á consultarla, á seguirla y sujetarse á ella, de manera que en todas ocasiones deben dar una buena razon hasta de sus deseos.

Al principio será preciso contentarse con razones débiles ó con las apariencias de razon, porque no serán capaces de mas, y no será prudente apurarlos para que no se aburran por esta sola necesidad de buscarla y el deseo de encontrarla son ya útiles, porque los acostumbrará poco á poco, mientras se va formando su carácter y se los hace familiar la idea de que no deben hacer nada sino por razon y con subordinación á la ley inmutable, que sola debe regular nuestras acciones y deseos.

Yo no gusto de lo que generalmente se practica en la educación de los niños. Se les carga la memoria de mil cosas inútiles que no pueden servir mas que de comprimir y fatigar sus facultades que no tienen todavía extensión ni consistencia y que ya están demasiado irritadas y conmovidas con la impresión de tantos objetos exteriores. Yo quisiera que se prefiriera el método de hacerles comprender con claridad los principios ciertos de las ciencias prácticas.

Quisiera tambien, que aunque todavía sean débiles para conocer bien la evidencia de las verdades espirituales, se

los habituara á lo menos á distinguir y penetrar las que son mas simples y que presentan nociones mas claras, sobre todo, las que deben prepararlos y servir de base á verdades mas complicadas. Por ejemplo, que se les enseñara á distinguir el alma del cuerpo y á conocer las propiedades y modificaciones de estas dos sustancias. Lo que en especial me parece mas útil es que se les enseñe á desconfiar de sus propios juicios y de todas sus opiniones sobre objetos morales ó sobre naturales, cuando no tienen mas apoyo que la persuasión de sus sentidos, y á no seguir su propio dictamen cuando no está sostenido con las luces que nos vienen del cielo.

El desarrollar estas ideas pediría mucha discusion y no es mi designio escribir un volumen. Puede ser que si un día tengo tiempo, lo ocupe en esto. Entre tanto en la experiencia práctica verás la aplicacion, y ahora me basta decirte que se muere á los diez ó doce años de edad como á los sesenta, y que no se debe perder de vista esta verdad. ¡Qué será de un niño si la muerte le sorprende en el corazon ya corrompido! Si su espíritu ya está lleno del orgullo de su cordill, y del amor de los bienes y gustos de la tierra! ¡Qué le servirá en el otro mundo la geografía de este? ¡Ni de qué le aprovechará en la eternidad haber aprendido las épocas del cielo!

Todos estos conocimientos cuando no están acompañados de la virtud, desaparecen con la muerte y no conducen á la vida eterna ¡si los preceptores han preferido á la ciencia de la religion y al cuidado de los costumbres el arte de declinar y conjugar, sus discípulos podrán saber el latín, podrán estar enterados en la historia, se dirá que eran prodigios y que daban muchas esperanzas; pero ¡ay! estas esperanzas que daban, eran para un mundo en que no debían vivir y de nada le servirán en aquel en que nada valen las vanidades, en que consumieron el poco tiempo que se les dio para merecer.

¡Hay en el cielo recompensas eternas para estudio y virtud! ¡Hay premios de honor para los que hacen composiciones sin defectos! ¡Dios juzgará á los niños por otra ley que la del orden inmutable! ¡Les hará otros cargos que las infracciones del Evangelio que no han practicado ó no han cometido! Sin duda que los padres deben orar á sus hijos para servir al estado y al soberano; pero es después que los han educado para Jesucristo y para el cielo. Si deben amarse tanto en formarse para una sociedad de pocos días, cómo deberían amarse en formarse para una sociedad que dura siempre! Pero ¡ay! los mas instruidos en las ciencias vanas, esos filósofos que se jactan tanto de su ilustracion y su saber, son los que mas desprecian esta ciencia divina, los que mas corrompen las públicas costumbres y los que mas turban la tranquilidad de los Estados.

No digo que no se deban aprender muchas ciencias: no pienso que para ser cristiano pueda conducir ser ignorante y bárbaro; pero digo que la ciencia de la salud eterna debe ocupar la primera atencion; que no se deben aprender las otras sino cuando el espíritu ya formado por la primera, está dispuesto á hacer buen uso de ellas; que no se debe dejar la instruccion de las verdades esenciales para un tiempo á que quizá no llegará, ó en que las pasiones no darán lugar á que se puedan gustar y meditar con fruto. Tampoco digo que no puedan mezclarse con el estudio de la religion el de otras cosas, en especial de aquellas que enseñan á fijar la

atencion. Por el contrario, me parece que este estudio puede serles muy útil, porque solo el trabajo de la atencion conduce á la inteligencia de la verdad. Y para que entiendan bien las ideas de la religion, es conveniente acostumbrar los niños á que apliquen la suya. Así me parece que será muy bueno enseñarlos desde luego y ejercitarlos en los primeros elementos de las matemáticas, no solo porque son las ciencias mas sólidas y estimables por sí mismas y que deben ser preferidas á casi todas; no solo porque son la llave y puerta de las otras, sino porque su estudio es tal, que no es posible aprender nada sin aplicarse. Es imposible entender nada en un libro de geometría aquel que no aplica su atencion á lo que lee.

Veid aquí pues la primera ventaja de este estudio, que es acostumbrar los niños á la atencion, y en virtud de esta costumbre su cerebro se va haciendo capaz de toda especie de inflexiones, va adquiriendo fuerzas. Por eso los que desde niños se habitaban á meditar, no solo están mas en estado de aprender todas las ciencias, sino que pueden juzgar sanamente de todo, adquieren la aptitud de hacer y profundizar las materias mas abstractas, pueden hacer descubrimientos ingeniosos, y son capaces de prever y calcular las consecuencias y resultados de las empresas mas inciertas; sobre todo, se forman un gusto ó sabor de la verdad que la sienten y la penetran desde que se presenta; á fuerza de buscarla la conocen ya tanto, que se puede decir que casi sin raciocinio y solo por instinto la saben distinguir.

Por el contrario, las ciencias de memoria tratan las ideas mas claras, porque por la mayor parte no presentan sobre toda especie de objetos mas que semejanzas, verosimilitudes y congruencias. Los hombres que no saben analizar, se acostumbran á contentarse con ellas; no distinguen la diferencia que va de ver el objeto, á verlo bien y por todos sus lados. Se detienen y se satisfacen con las superficies que los objetos les presentan; cada cual las va á su modo, y por eso disputan sin medida ni fin.

Solo la verdad es una, indivisible é inmutable. Solo ella puede reunir los espíritus, y esto es lo que únicamente logra los que aprenden las verdades que pueden demostrarse. Las ciencias de memoria tienen otros defectos, naturalmente inspiran orgullo. El alma se envanece, el corazon se hincha con la multitud de hechos que se acumulan en la cabeza. Aunque todas sus especies sean poco útiles, aunque no hayan aprendido mas que lo que pertenece á los cuerpos, á las obras del tiempo ó á las opiniones de otros hombres, se imaginan saber mucho y que su espíritu ha adquirido tanta extension, realidad y permanencia como los objetos de sus ciencias. Con esta presuncion su espíritu se derrama en todas las partes del mundo, remonta hasta los siglos mas remotos y mientras vaga y se pierde en regiones tan vanas, no se ocupa en lo que es el mismo en el tiempo presente, y en lo que será en la eternidad; se olvida de sí mismo para aborrecer en un mundo imaginario con historias de cosas que dejaron de existir, ó de quimeras que nunca han existido.

Tampoco quiero decir, por esto que se deba despreciar la historia y que no se estudien mas que las ciencias exactas. Lo que digo es, que se deben estudiar las ciencias por el orden de su importancia y de su utilidad; que no se debe estudiar la historia sino cuando se ha estudiado su propio corazon, su religion y sus obligaciones; cuando por otras

estudios preliminares se ha puesto en estado de poderla aprender con discernimiento, para no dejarse alucinar con sus falsas opiniones, y saber distinguir en parte la verdad de los hechos de la imaginacion del historiador.

Se pueden estudiar otras lenguas, pero es cuando ya se sabe lo que es una lengua, y sobre todo cuando se sabe bien la de su país. En una palabra, es menester haber aprendido á ser hombre cristiano y buen español antes de aprender á ser historiador, poeta ó extranjero. Tambien digo que no se debe aprender nada sino para hacer buen uso de ello. Por ejemplo, no se debe aprender la geometría para llenarse la cabeza de las propiedades de las líneas, sino para procurar á su entendimiento toda la fuerza y extension de que es capaz.

Se general conveñen empezar los estudios por las ciencias mas necesarias ó que pueden contribuir mas á perfeccionar el espíritu y al corazon. El que solamente sabe distinguir el alma del cuerpo, el que no confunde sus pensamientos y deseos con otros movimientos de su máquina, con el simple conocimiento de esta única verdad es mas sólidamente sabio y está mas dispuesto á serlo mas cada día, que el que habiendo aprendido todas las historias, costumbres y lenguas de los pueblos, ignora su propio ser, no reflexiona sobre la naturaleza de su alma, y no está seguro de que por su carácter de inmortal le aguarda una eternidad aventurada.

Habría algunos que quizá no aprobarán estos consejos; pero yo quisiera que á lo menos consultaran la experiencia y que después me dijeran si les parece que los que saben á Virgilio y Horacio se conducen mejor que los que estudian y meditan á san Pablo. Si la lectura de Ciceron les ha sido mas útil, que pudieran agles las palabras de la sabiduría. Dienen que se debe leer á Ciceron para aprender el latín. Así puede ser; pero yo digo que tambien seria menester hacerles leer el Evangelio para aprender la religion y las virtudes. ¡Pobres niños! So les cria como si debieran ser ciudadanos de Roma, se les enseña su lengua y sus costumbres y no se cuida de hacerlos cristianos y habitantes de la celestial Jerusalem; por lo menos no se cuida como era menester.

San Agustín se quejaba de esto en su tiempo. ¡Qué dijera si hubiera visto el nuestro! No se necesita de muchas reflexiones para gemir de este abuso deplorable. Basta observar á nuestros jóvenes cuando salen de sus colegios. Parece que pues han acabado sus estudios, debian por lo menos saber lo que es el hombre, que ya debian estar bien enterados de las pruebas evidentes de su religion, para poder preservarse y resistir á los sofismas de toda filosofía falaz y seductora; que ya debian conocer el espíritu y la extension del moral evangelio; porque estos conocimientos son los primeros, los mas necesarios para el que sabe que ha nacido con una alma inmortal, y que existe un cielo y una ley de cuya observancia depende la suerte eterna de sus destinos, y es natural pensar que los hayan aprendido allí; porque es claro que la mayor parte no se vuelve á ocupar mas en estos objetos. Los profesores, los negocios los ocupan únicamente en adelante.

Peroid á examinar estos jóvenes, han pasado muchos años en la educacion de un colegio ó de una universidad, y yo quiero que no examinas sino á los que salen con la reputacion de instruidos y de quienes se dice que

son sobresalientes. Los hallarás por lo comun llenos de preceptos de gramática, los encontrarás sabiendo de memoria muchos versos y mucha prosa muchos textos de Códigos y Digestos, y si pueden repetir los términos misteriosos y oscuros de Aristóteles, se les mira como un prodigio.

Les oirás hablar con satisfaccion de todo sin detenerse en nada; porque lo que mejor han aprendido es el arte de la sofistería, el improbo talento de poder defender las opiniones mas absurdas ó las mas encontradas, sin distinguir jamás el error de la verdad.

Pero preguntales sobre la naturaleza del hombre, sobre la contradiccion de en grandeza y sus miserias. Diles que te expliquen los motivos que tienen para erocar la verdad de la religion que profesan. Propónles alguna de las apertenas sofísticas con que los incrédulos la combaten. Fídeles que te refieran la historia del cristianismo, que te digan lo que han podido percibir en los planes de Dios, cuáles son los designios que ha mostrado en la creacion del mundo, en la venida del Redentor y establecimiento de la Iglesia. Ráscalos que te hagan ver la necesidad de un mediador y la armonía y arreglada correspondencia de los misterios divinos con las necesidades humanas, y verás que sobre todo esto no tienen idea alguna ó que solo tienen nociones diminutas y confusas.

Preservemos pues á nuestros niños de abusos tan irreparables, y no los enseñemos sino lo que los puede conducir á ser felices en esta y en la otra vida. Enseñémoslos lo que los puede hacer buenos cristianos, buenos hijos, buenos maridos, buenos amos, buenos magistrados, militares, ciudadanos, y buenos padres de familia, así en su casa como en el gobierno de los otros hombres y en la administracion de sus pueblos. Para conseguir estos fines, después de la religion y las costumbres, que son la base de todo, hágámonos aprender con mayor cuidado las ciencias prácticas y las artes útiles que solo pueden ilustrar su espíritu y gobernar su corazon.

Enseñémoslos desde luego el latín, porque como dios muy bien, es la lengua de la religion y de las ciencias. Es grande consuelo para un cristiano entender las oraciones de la Iglesia, así en el sacrificio que ofrece como en los salmos y cánticos de sus oficios; y en fin, esta lengua es la llave con que se abren los conocimientos de las mas de las ciencias. Para enseñársela bien y para hacerlos este estudio mas fácil, debe preceder el estudio de la gramática española. Como ya saben esta lengua, aprenderán con mas facilidad sus reglas, y no solo quedarán mas dispuestos á aprender el latín, sino cualquiera otra lengua extranjera. Pero desde luego lograrán la ventaja de haber aprendido por reglas la lengua en que deben hablar siempre y cuyo estudio merezca toda preferencia.

Tambien estamos de acuerdo en que aprendan los principios matemáticos. Yo me propongo enseñárselos, y particularmente la geometría y el álgebra, que no es otra cosa que una aritmética de orden superior. Estas son las ciencias humanas mas útiles y de un uso mas comun entre los hombres. Ellas son las mas sólidas y verdaderas, porque los hombres así no pueden saber en la tierra con seguridad mas que medir y contar. Pero fuera de estas ventajas tienen las de rectificar el espíritu y conducirlo por medios mas seguros á la indagacion de la verdad. Contribu-

yen también á formar el juicio, y por este medio influyen á dirigir las ocurrencias de la vida.

Creo pues que les será muy útil hacerles aprender estas ciencias muy fundamentalmente y hacerles pasar entre cinco años en su estudio; y añadiendo á este objeto la feliz idea que tienen de hacerles tomar algún conocimiento práctico de las artes más usuales, y también los principios y reglas de alguna de las nobles artes, con todo lo demás que cabe en su edad, y de que hablaré después, me parece que podemos llevarlos hasta la edad de quince ó diez y seis años sin ninguna ociosidad.

Cuando hayan aprovechado en todos estos estudios de la infancia y cuando se hallarán con fuerzas más proporcionadas á otras fatigas, será tiempo de que adquieran otros conocimientos. Tú no quieres hacer eruditos ni doctores. Tú desas hacer hombres instruidos, de juicio recto, de razon sana, que vean y estimen los cosas como ellas merecen y que llenen el tiempo de su breve carrera de modo que lleguen al término con inocencia y paz. Es menester pues alejar de ellos todas las ciencias vanas que lincan, todos los estudios frívolos que corrompen, todas esas quimeras especulativas en que tanto se disputa y nada se sabe. Es menester aplicarlos á los principios de las artes útiles y de las ciencias prácticas en que un hombre cuando se ocupa diligentemente, porque por un lado pueden con esta instrucción ser útiles á los demás hombres y por otro deben elevar su alma al conocimiento, á la admiración y al amor de su Criador.

Nada es tan propio para conseguir estos fines como el estudio de la naturaleza. No el de la naturaleza imaginaria, tal como la han formado en su cerebro filósofos atrevidos, sino tal como la hizo Dios, tal como ella misma se manifiesta á la experiencia cuando esta lo consulta y como la ve la modesta razon cuando subo contestarse con lo que ella le descubre. Alejemos de su espíritu esa ambición insensata y temeraria de querer arrancar los secretos que oculta esta justicia presuntuosa de addivinar los arcanos que esconden. Que se acostumbren á desconfiarse de su imaginación, á no embarcarse en este piélagos sin la sonda en la mano, á no abandonar jamás la experiencia, su inseparable compañera, á dar pasos tímidos y circunspectos, á no avergonzarse de confesar su ignorancia y á no jactarse de saber lo que ignoran.

Este estudio tomado con estas precauciones, después del de la religion, es el más digno del hombre, ó para decirlo mejor, es el que más completa y perfecciona el estudio de la religion, porque es el que más nos descubre el amor, la sabiduría y la magnificencia de su autor. Este es estudio sólido, porque le instruye de lo que existe, le hace conocer cuanto le rodea y se aprovecha de lo que puede serle útil. En fin, manifiesta las muchas é íntimas relaciones y la absoluta y entera dependencia en que la criatura está de su Criador.

Pero este estudio debe hacerse sin pensar y en todo tiempo, de manera que sin sentir y casi sin designio le puedan aprender. Lejos de que nos ocupe ni nos cause fatiga este estudio, debe ser recreo y descanso de los otros. Nuestros pasados diáneos deben destinarse únicamente á esta instrucción. El campo debe ser nuestra escuela, y divirtiéndonos aprendemos el nombre, la realidad y las propiedades de cuantos objetos se nos presentan á los ojos.

Desde el grano de arena hasta el peñasco, desde el tomillo hasta el olmo, todo lo debemos conocer y examinar.

Allí pues aprenderemos la historia natural. No será nuestro gabinete una sala grande ó pequeña en que se habrán acumulado de regiones remotas producciones exóticas y raras, cuya coleccion sería difícil y apenas se sacaría utilidad; nuestro teatro será más magnífico y vasto, porque será todo el horizonte que pueda alcanzar nuestra mano, y los haremos pasar por nuestro examen, para distinguirlos y aprovecharnos de sus lecciones.

Con este fin trataremos de conocer todas las plantas de nuestro territorio. Aprenderemos su nombre, su familia y sus virtudes, y con esto nuestros enfermos campesinos podrán tal vez hallar remedio en sus dolencias y sacarán de nuestro estudio algún alivio. Lo mismo haremos con los árboles, arbustos, yerbas, flores, frutos, piedras y todas las demás riquezas que contenga nuestra región. Todas pasarán por nuestro examen. Los animales, desde el timo insecto hasta el ligero cervo y desde el pequeño tímido hasta el lobo rapax, serán también objeto de nuestra indagación.

Pero el caballo generoso, el buen trabajador y el paciente asno, que son tan útiles al hombre, no solo serán objeto de nuestra curiosidad, sino también de nuestra atención. No solo procuraremos conocer sus cualidades para aprovecharnos de su servicio con ventaja, sino aprenderemos á socorrerlos y curarlos en sus enfermedades. En fin, nada de lo que puedan ver nuestros ojos y tocar nuestras manos se escapará de nuestro conocimiento, y exhortaré á cada uno de los niños á que tenga un estante separado en que ponga segun su gusto lo que le parezca más curioso. Sin duda que no pondrá más que cosas comunes; pero qué importa si el objeto es que aprenda á hacer colecciones de piedras, insectos ó mariposas? Que se acostumbre á poner cada cosa en su lugar, á clasificarla por su orden, y este estudio, que fué la diversion de su infancia, podrá ocuparlo toda su vida y ser un estímulo incansable de su adoración al Criador.

Tú quieres que aprendan algun arte, y lo apruebo mucho; pero sin perjuicio de esta idea, yo quisiera que cuando llegaran á la edad de diez y siete años, en que debemos ponerlos más robustos, aprendieran á ser jardineros. Para esto yo daría á cada uno un corto terreno cerrado y donde ninguno pudiera entrar sin su permiso. Formaría el primer año que tu jardinero fuese á hacer el planito y cosemarles; pero después debería correr por cuenta de los propios jóvenes el cultivo ulterior, y me parece que la emulacion de los nuevos jardineros produciría la aplicacion de sus años.

Tengo por cierto que esta ocupacion pudiera serles muy útil. Desde luego aprenderían á conocer las tierras, el arte de mejorarlas para hacerlas más féculas, la necesidad y ventajas de los abonos, objetos todos tan ignorados, como esenciales en el cultivo de los campos. Fuera de esto aprenderían á plantar, regar, conducir y mejorar las legumbres, los frutos y los mejores tiempos de recogerlos ó plantarlos. Es muy difícil que un jardinero mercenario no sirva bien á uno ámo que sabe tanto como él; y esto ramo de la agricultura, tan útil por sí mismo, añade muchas delicias y abundancias á la casa en que se maneja bien. Por otra parte, es tan dulce ver crecer el árbol que se ha plantado ó comer el fruto que nuestra propia mano ha sabido ingerir, que el

que vive en el campo con estos talentos tiene en sí mismo un manantial inagotable de placeres. Además este ejercicio les fortalecerá el temperamento, trabajando cada día una ó dos horas.

Pues tu intención es hacerles grata la mansion del campo, me parece que no debemos olvidar las artes agradables. Ya tienen algunos preceptos de la música y dibujo. Su virtuosa madre se aplicaba á darles los primeros elementos. Es menester pues no dejárselos olvidar y al mismo tiempo tanto destreza el forte-piano, y eres tan hábil en la música, tú debes encargarte de esta parte. Es mucha fortuna que tú estés en estado de enseñarles, que si no, sería menester hacer venir otro, y esto no deja de tener sus inconvenientes. Después te diré la vigilancia de que necesitamos para alejar de nuestros niños toda comunicacion que no sea segura. Pero en fin, siendo tú su maestro, no hay que temer, y también tendrás el gusto de enseñarles un arte que en muchas ocasiones puede servirles de recreacion inocente y tal vez de un desahogo necesario.

En cuanto al dibujo, fuera del colorido, yo me encargó, porque á Dios gracias me he ejercitado en él lo bastante para poder instruirlos bien. Yo sé por experiencia cuán grande es el placer y embalse que produce, y es muy notoria su utilidad. El dibujo se puede llamar la lengua de las artes, porque con él se habla á los ojos y se les pinta la idea que no existia más que en el pensamiento. Este arte es necesario para entenderse y hacerse entender de los artistas, para no engañarse y poder dar una especie de realidad á las creaciones de la imaginacion. El que sabe dibujar sabe ver, porque se fija en el espíritu la idea de los objetos y de sus proporciones con exactitud, no los retrata con fidelidad y tales como son; pero el que ve vagamente, sin tener cuenta ni saber el modo de determinar los contornos, medidas y lineamentos de los objetos, los altera con su fantasia y no puedo significarlos ni describirlos con la exactitud que conviene.

Este arte tan necesario á todos, lo es más á un grande hacendado que tiene que tratar con artistas de toda especie, así para los instrumentos del campo como para las construcciones y reparos de sus edificios, y debe aprenderse desde muy temprano, porque necesita de una mano ligera y flexible. Tus hijos están todavía en la edad conveniente y yo te prometo que no perdieron medio para que lo aprendan bien. Es especial me aplicaré á que sepan hacer planos, porque así podrán dibujar la extension y las figuras de sus tierras.

Me parece que con esto tendrán con que ocuparse hasta la edad de diez y siete años, en que ya más robustos de cuerpo y más formados de espíritu, será menester reforzar sus estudios y dar otra forma á sus ocupaciones. Pero hasta entonces nuestro grande estudio debe ser el de llenar todos los instantes de su vida, para desterrar lejos de ellos la ociosidad, y el medio de conseguir un fin tan importante y tan difícil es dividir todo su tiempo entre estudios y recreaciones, pero de manera que las recreaciones sean útiles para los ejercicios del cuerpo y para ciertos estudios ligeros ó de entretenimiento que se deben hacer en los paseos, y que los que llamamos estudios serien sean de cosas que puedan servir para la instruccion y el ejercicio de las virtudes.

Tú extrañarás quizá no oírme hablar ni de la poesía ni

de la historia. En cuanto á la poesía, yo no la estimo convenientemente; me parece un arte que para no ser ridiculo es menester ser sublime; y esto es dado á pocos. Creo que es necesario caer y sentirse casi con el ingenio de un Virgilio para dedicarse á él sin rubor. Anta supuesto el talento, queda mucho campo abierto para el recelo, por el defecto de los objetos á que se aplica. La razon es la misma cuando se presenta con el traje de una decente y decorosa prosa, y la poesía no la añade ni fuerza ni verdad; solo la viste con adornos, que por la mayor parte no consisten sino en la material combinacion de las palabras. Por otra parte, si tuviera alguna ventaja, un hombre de bien no debería emplearla sino en cantar la gloria de la religion, en exhortar á la observancia del moral ó en pintar con elegancia la hermosura de la virtud. Fuera de estos asuntos, todo lo demás ó es pueril ó indecente ó ridiculo; y por lo común la vicio emplear de tal manera, que no me es posible contar con ella en nuestra educacion.

En cuanto á la historia profana, la miro como una lestrina arriaguada. Es un vaso cuyos bordes están dorados; pero el fondo suele estar lleno de pozonía. Muchos historiadores, penetrados por la mayor parte del espíritu del mundo, le decoran con sus narraciones sin reparo. Pintan los objetos con falsos coloridos, transforman los vicios en virtudes, exaltan la ambicion, exaltan la gloria humana y están casi siempre por las pasiones dulces y agradables. El conquistador es su héroe, la modesta narracion es baja y hasta los delitos, como sean brillantes son aplaudidos. El lector incauto que no tiene formado el juicio, se traga el veneno sin sentirlo, y adquiere ideas que corrompen su corazón y le desacreditan el Evangelio. Proservemos á nuestros niños de tan funesto contagio; y si algun día deben leerla, que sea cuando ya pueden discernir los errores, ó con alguno de nosotros que les presente los preservativos.

Pero para conseguir el fruto de nuestra aplicacion es indispensable que tomemos de memoria ciertas disposiciones previas de que te voy á proponer algunas. Las más esenciales que estorbemos el que jamás hablen á solas con ninguno que pueda destruir en un instante todo el trabajo de muchos días. Por regla general es menester que no tengan criado destinado á servirles, á fin de que se hagan al trabajo, que hagan uso de sus miembros y que sientan el precio de su independencia. Tus hijos pues deben saber que no pueden mandar á nadie. Y los criados deben estar advertidos de no obedecerlos y de no hacer por ellos nada de lo que pueden hacer ellos por sí mismos.

Lo que nos importa más que todo es, que disponamos las cosas de manera que nunca por ningún motivo los dejemos solos y en la ocasion de hablar con alguno, como no sea en nuestra presencia. Te repito esto porque considero muy importante que nadie les diga palabra que no la oiga uno de nosotros. Bien sé que esta es una terrible succion; pero si queremos conservar su inocencia es indispensable que nos hagamos de ello una ley invariable. De mi parte te prometo que jamás me separaré un instante de ellos, y que sin alegacion, sin pedantería, sin que ellos mismos ni otro alguno advierta mi vigilancia, nadie les dirá nada que yo no escuché; pero si por desgracia me hallo enfermo ó impedido, será menester que tú me suplas.

Insisto tanto en esto porque se llega fácilmente al puerto sin vientos contrarios; pero una borrasca sola puede con-

ducir al naufragio. Los niños por la delicadeza de sus órganos guardan con tenacidad las primeras impresiones que reciben, sobre todo cuando halagan á los sentidos y vienen de los que aman. ¡Qué adelantaremos pues en procurar acostumarlos á que juzgen de todo por los principios de la razón y religión, en dirigirlos á la victoria de las pasiones y sentidos, y enseñarles la frugalidad y el desprecio que merecen los bienes terrenos, las grandezas humanas y los placeres fugitivos, si una visita, un eriado, un lacheroz los habla de estos mismos objetos con tal estimación y tantas cosas, que serían capaces de hacer impresión aun en espíritus mas formados?

El estilo del mundo es por sí mismo falaz, seductor, y mucho mas en labios profanos que no tienen ideas morales y están muy apegados á la tierra. Por lo común no se habla de los bienes verdaderos, y si se habla, es con tanta tibieza, que no pueden inspirar mas que indiferencia. Los mas oñicosos y menos perjudiciales serán los que se querrán meter á preceptores y les dirán: Levanta la cabeza, ponte derecho, no dobles el cuerpo; y ve aquí toda su doctrina.

Si declaman con gracia algunos versos profanos en que se pinte el amor apasionado y descubren en ellos alguna de las calidades que el mundo estima, entonces los aplaudirán, mostrando toda la expresion de la alegría; pero si les observan defectos graves, de aquellos que descubren al que conoce el corazón humano, una corrupción abominable, entonces no harán mas que reír y divertirse. Si los que están encargados de su educación procuran humillar el su orgullo y corregir su amor propio, la aprobación y el aplauso de estos indiscretos les inspiran odio contra los severos preceptores y quitan á estos los medios de ser útiles.

Amigo, á los niños se debe mucha reverencia. Los ejemplos son muy poderosos cuando halagan nuestra natural corrupción. El que en presencia de un niño con admiración de alegría hace alguna cosa ó dice alguna máxima seductora sin decirle nada, le deja una impresión mas fuerte que la que puede hacer el que discurriendo de la muerte que le cohorra á seguirle. Preservemos pues á los nuestros de toda impresión extraña, y para esto no hay otro remedio, que sin afectación y sin que parezca desconfianza uno de los dos esté siempre delante. Nuestra presencia contentada á los extraños y criados, y si por desgracia se les escapare una mala palabra ó ejemplo, nuestra corrección detendrá el inflyjo. Repito que esta es mucha esclavitud para el que no tiene el corazón de un padre ó de un amigo que se propone hacer la obra de Dios; pero el mismo por quien se hace nos dará la fuerza.

Creo que si tenemos esta constancia, si sabemos ocupar su tiempo en los estudios y los ejercicios que van dichos, y si alternamos con recreaciones de su gusto, en que ejerciten sus cuerpos para satisfacer la necesidad de movimiento que la naturaleza inspira á su edad, si sabemos divertirlos en nuestros paseos con el arte de presentar á su curiosidad objetos nuevos y con el gusto de satisfacerla á cada paso, y si en fin, sabemos ganarnos el corazón con nuestra ternura y los placeres puros que los podremos procurar, entonces ignorando y no deseando los placeres perdidos y corruptores, contentándose con las simples é inocentes diversiones de la naturaleza y del espíritu, que los haremos re-

naocer sin cesar, podrán llegar á la edad de diez y siete años habiendo empleado bien todo su tiempo y conservado la pureza y el candor de su corazón. Se hallarán instruidos de todo lo que deben saber, y en estado de constituir los otros estudios y ejercicios propios de su mayor edad, hasta que llegue el momento de ponerlos en los brazos de una modesta esposa con la misma inocencia que ahora tienen.

Ya tenía escrito esto cuando volví mi amigo, y desde luego que pudimos quedar solos me dije: Y bien Mariano, ¿has visto mi papel? No solo le he visto, le respondí, sino que según tu orden he escrito otro en que expongo mis ideas sobre la educación de tus hijos. Al instante quiso que le leyese, y me pareció que le escuchaba con mucha complacencia, pues repetidas veces di señales de aprobación. No bien le acabé cuando vino á mí y echándose me los brazos al cuello me dijo: ¡Y tú eres el que no se halla capaz de encargarse de una cruz! ¡Ay, Mariano! Todas esas ideas son sólidas y verdaderas. Yo no las hubiera imaginado; pero desde que te las he oído, las hallo en mi corazón. ¡Cuánto lo debo por tus sacrificios!

Dejemos que los otros den la educación que quieran ó que puedan. Al gobierno toca mejorar la pública, y nosotros no podemos prescribir á los padres y los preceptores el método y el orden de las suyas pero podemos y debemos dirigir la que nos ha confiado el cielo. Mi director dice que á falta de buenas instituciones públicas cada padre debe ejercer una especie de magisterio doméstico y ser el director y como el apóstol en sus propios hogares.

La desgracia es que la mayor parte de los padres ó mal educados ellos mismos ó atados á la cadena de otros negocios, ó no pueden ó no saben lo que es necesario para serlo, y yo soy uno de ellos. Pero que hagamos lo que yo; que busquen un amigo que los ayude y que pidan al cielo les depare uno como el mio. Si, Mariano; tú serás nuestro conductor, nuestro maestro común; pero no piensas que porque tú tienes la generosidad de condescender á mis deseos, yo quiera descargarme de todo el peso y echarlo sobre tí. No, amigo; la carga es mia, Dios me la ha dado, yo soy el padre y debo tomar la parte mas pesada.

Lo que te pido únicamente es que me ayudes en aquello que por mi ignorancia no soy capaz. Este es un ejemplo, una función en que nos vamos á ocupar de mancomún. Los dos nos daremos un auxilio recíproco á sus ideas con espíritu. La educación que me propones es precisamente la que deseo que mis hijos reciban, y desde hoy mismo arroja lo que te parece conveniente.

En efecto, aquel día mismo se dió orden para que se pusiera en el hecho en una pieza en que estaban los de los niños y que lindaba con la aloba de su padre. Al otro día se arreglaron todas las horas de la familia, y los destinos de los criados, en que no quedó ninguno ocioso y en que cada uno fué declarado responsable de la parte que le cabía; pero en esta distribución no quedó señalado ninguno ni para mí ni para los niños. Yo les dije que no siendo ni inhabiles ni mancos, pues teníamos buenos brazos, no teníamos necesidad de que nos sirviesen. Que yo desde que empecé á ser hombre, no había querido depender de otro para servirme, sino hacerlo todo por mí mismo; y pues ellos se parecían á ser, eraazon que se desprendiesen de una esclavitud que

solo era necesaria á la ineptitud de la infancia. Ellos adoptaron este pensamiento como una fiesta, se hicieron un punto de honor y renunciaron á toda idea de servicio ajeno.

En hora de desayuno arreglamos tambien nuestra distribución personal, esto es, el uso que debíamos hacer de todas las horas del día; y después de haber consagrado los primeros momentos de la mañana y algun tiempo de la noche á las gracias que debemos al autor y conservador de nuestra existencia, distribuimos todo lo demás en estudios, recreaciones y paseos. Allí por la primera vez le empecé á dar alguna idea del imperio que debe tener la razon sobre nosotros, del respeto y sujecion que le debemos, y del amor que debemos al orden, tanto porque Dios le ama, pues es su autor, como porque nuestro propio interés lo exige. Estos han sido los dos polos ó los dos ejes en que ha estribado la parte moral de mi educacion; y desde la vez primera, viendo la facilidad con que me entendieron y la docilidad con que se sujetaron, conocí su aptitud y su buen corazón. Desde entonces pues empecé nuestro método y continúa hasta hoy.

Refiriré por mejor todas las ocupaciones de cinco años, seria imposible. Baste decirte en general, que una vez que se estableció el orden de nuestra vida, le hemos seguido con regular exactitud, que tanto su padre como yo, fieles á nuestro plan, hemos sido inseparables compañeros de nuestros niños, que hoy que Félix tiene ya mas de quince años y Paulino setecientos y son ya dos gallardos muchachos, llenos de fuerza y robustez, instruidos en todos los oficios y muy hábiles en el dibujo, que ya conocen, distinguen y ponen en su clase todas las producciones que la naturaleza ha concedido á su territorio, que ambos están muy adelantados en la geometría y aun mas en la álgebra, pues los dos cuentan ya con tanta superioridad como padrian dos comerciantes.

Debo añadirte que no han hecho menores progresos en la música y el colorido, con esta diferencia que aunque los dos han aprovechado mucho, Félix lleva á su hermano tanta ventaja en el colorido, como Paulino la lleva en la música. Esto ha dependido sin duda de la diferente aptitud. Dentro de poco pensamos dar á cada uno su terreno para que cultiven en jardín. Su padre y yo vemos con mucha complacencia el fruto de nuestro trabajo, y estamos muy bien pagados de nuestros cuidados y desvelos; porque fuera de tan rápidos progresos con que se adelantan en toda especie de conocimientos útiles, observamos con placer que Dios los ha dotado de buenos corazones, de sentimientos honrados, de inclinaciones dulces y de un gran fondo de corazón.

Todavía no han podido hacer el estudio serio de la religión, que les reservo para mayor edad, y con todo, me parecen ya tan enterados de sus pruebas y tan persuadidos de su verdad, que no será fácil disuadirlos. Me atreveria á desairar á todos los filósofos y no creo que pudieran desquitarlos de los fundamentos de la fe. Ya los tengo por invulnerables y superiores á todos sus ataques; pero á pesar de esta persuasión y aunque continuamente los procuramos entretenir en estos principios, su padre y yo les reservamos para de aquí á cuatro ó cinco años un estudio mas profundo, mas seguido y raciocinado. Yo espero, Antonio, que han de ser hombres muy útiles y estimables. Lo que me consultas me que todo es, estar persuadido á que con-

servan para su alma y que todavía no han perdido la gracia de la inocencia.

Tú me dirás, amigo, que esto ha podido ser fácil en sus tiernos años, que les quedan muchos que pasar antes de llegar al tiempo en que los podamos conducir á la dilatación de un tilano virtutes, y que estos son precisamente los mas turbulentos y peligrosos. Todo es verdad; pero Dios, que nos ha favorecido tanto hasta aquí, nos continuará su proteccion; y nuestra vigilancia no se cesará. Ya su padre y yo hemos formado el plan de nuestra conducta ulterior; y ve aquí los medios de que nos serviremos. Toda via les dejaremos continuar los mismos ejercicios ó tres años, para que acaben de formar su temperamento como para que se perfeccionen en sus estudios.

Cuando lleguen á los diez y ocho ó diez y nueve años, que serán mas robustos y su espíritu estará mas formado, daremos otra forma á sus ejercicios y los dirigiremos á estudios mas elevados. Ya tienen muchas ideas de la agricultura, ya conocen su importancia, y en nuestras conversaciones y paseos han adquirido las primeras nociones; pero entonces haremos un estudio mas serio y mas comprensivo de todos sus ramos. Su padre piensa dar á cada uno una heredad moderada, esto es, una mediana extension de tierra que pueda cuidar por sí mismo, dotada de los instrumentos necesarios para su cultivo. Su intencion es que los sirvos, dirijan por sí mismos su cultivo y asistan con los auxilios necesarios, que verifiquen tambien las nuevas experiencias que están acreditadas en Europa, y que observen con la mayor atencion el efecto de las mejoras de las nuevas invenciones que parezcan mas reconomendables.

Ya montan muy bien á caballo; pero entonces se les acostumbrará mas á este ejercicio. El estudio de la historia natural, que hasta aquí no ha sido mas que un juego ó entretenimiento, pasará entonces á ser una parte de la teología. Hasta ahora nos hemos contentado con ver los objetos de la naturaleza por de fuera; no hemos hecho mas que conocerlos, distinguirlos, llamarlos por su nombre, saber sus usos mas conocidos, sus propiedades mas comunes, ó para decirlo en una palabra, no nos hemos casi ocupado en otra cosa que en aprender su nomenclatura.

Pero entonces empezaremos á verlos por dentro, nos aplicaremos á registrar su organizacion interior. Admiraremos las maravillas de su estructura, examinaremos el arte secreto de su mecanismo, y combinaremos los usos en que pueden emplearse para el servicio del hombre; todo esto haciéndonos conocer la maravillosa, cuenta y admirable industria con que la naturaleza elabora todas sus producciones, nos hará conocer tambien la infinita sabiduría de su autor, nos descubrirá el concierto, armonía y el arreglo de cada cosa en sí misma y de todas entre sí. Nos mostrará la justa proporcion de la causa con sus efectos, nos hará divisar los desiguos que el Autor supremo nos descubre en cada objeto, y está admirable consonancia con que todo se corresponde en las obras de su mano, nos llenará de estupor y de admiración. Veremos en ella el poder, la sabiduría, la magnificencia y el amor con que Dios ha tratado al hombre, y cada movimiento de nuestro asombro será un acto de amor y de adoracion.

Para ayudarlos en este inmenso y majestuoso estudio, les daré una idea de la física general. Esto es, les contaré las opiniones de los hombres, distinguiéndolos lo poco que

se sabe de lo mucho que se opina y de lo infinito que se ignora. Pero á fin de que las pocas verdades que se saben se graben mejor en su memoria, haré venir mi gabinete ó mi colección de instrumentos y con ellos les haré ver los verdaderos fenómenos que la experiencia ha revelado á nuestra curiosidad.

También les daré una instrucción mas extendida de los elementos de la óptica, para que se formen una justa idea de la transformación de las sustancias y de la utilidad que han sacado las artes de la disolución de las materias, y les enseñaré con mas individualidad la geografía, así para que conozcan la casa en que habitan como para que puedan entender la historia cuando llegue el caso de que leamos juntos.

Pero en lo que procuraré detenerlos mucho es en la observación del cielo y en el estudio de la astronomía. Esta ciencia, que trae consigo tanto atractivo y embalse, es tambien la que mas contribuye á divisar de algun modo la grandeza, la magnificencia y la inmensidad del Criador. Esos innumerables globos colgados en la esfera, esos astros brillantes que los telescopios multiplican á medida que se perfeccionan, esos orbes casi sin término á que el telescopio no alcanza y que la razón supone por analogía, ¿quién los divisa sin llenarse de admiración y de espanto?

¿Quién levantando los ojos á la esfera y contemplando en el incomparable espacio tantos globos celestes almirados por tales sin número, no reconocerá su pequeñez y su mi-

serial. ¿Qué hombre no se sumergirá en su nada, y quién, en fin, se apartará á los bienes de la tierra cuando ve en la grandeza de los cielos un indicio de la magnificencia que no puede ver, pero que puede esperar?

Si, Antonio. Nada hay en este bajo mundo que pueda darnos alguna idea de su autor, como la inmensidad de estas grandiosas obras de su poderoso mano. Yo espero divertirlas, interesarlas y ocuparlas mas con ellas. Sobre todo, espero conservar en su corazón el amor y el temor, el respeto y la gratitud que se debe á un Dios tan poderoso, tan magnífico y liberal con sus criaturas. Espero tambien hacerles concebir cuántos bienes prepara á la virtud el que después de hacernos ver tan grandes cosas, nos dios que reserva en su mansion para sus escogidos lo que los ojos no han visto ni han escuchado los oídos.

Estas son las ocupaciones que he mos proyectado conducirlos al día en que fijen su destino y deban gobernarse ya por sus propios consejos. ¡Dichoso yo si puedo contribuir á su felicidad y que la propaguen á los hijos que tendrán! ¡mas dichoso si logro que salgan de mis manos tan puros é inocentes como entraron! ¡mil veces mas dichoso si Dios, á quien consagro mis deseos y de quien temo los auxilios, se digna de aceptar este pequeño sacrificio.

Esta carta es ya tan larga, que no me atrevo á continuarla, y con todo, no he podido hablarte en ellas mas que de los hijos. En mi primera te hablaré del padre. Adios, querido Antonio.

## CARTA XXXVII.

MARIANO A ANTONIO.

Antonio mio voy á continuar mi relacion, y como te prometí en mi última, á hablarte del padre. Ya te acordarás que cuando te encaminabas á la América y me trajiste aquí, la primera cosa que te dió en rostro fué la miseria de esta lugar. Yo me acuerdo de que tú viendo este espectáculo horrible, me dijiste que aunque por desgracia muchos de los lugares de España en ciertas provincias eran infelices y miserables, no habias visto ninguno que lo fuese tanto, y no podias concebir cómo se toleraba que una sociedad de hombres viviese con tan poca política y aseo, y asíadiste que esto degradaba la humanidad.

En efecto, las casas por la mayor parte eran asperas y amenazaban ruina; tan bajas que no se podia estar en pie, tan hondas que el agua no podia salir y estaban siempre húmedas; sus ventanas eran tan pequeñas, que el aire no podia circular. Así los niños de aquellos miserables, lejos de servir de reparo á sus fatigas, eran sumeridos de ellas. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, tan llenas de infección, que no extráñamos que la salud, la robustez y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Cono-

bimos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho ver tantas gentes que con el aspecto de hambrientos y con el horror de la desnudez, nos presentaban el de la mas lamentable indigencia. Tú partiste y yo quedé consternado considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el cielo.

Mi corazón se afligió mas cuando habiendo ido á buscar al cura, lo encontré en una iglesia oscura, húmeda, triste, desahogada, y que apenas presentaba un lugar decente para ofrecer el sacrificio, y así las vestiduras como los vasos del culto me parecieron muy pobres. No pudo contarme al cura la pena que me causaba este espectáculo. El me manifestó la suya, y me dijo que esto lo atormentaba en sus vestidos de hombre, otros tantos de mujer y cuatrocientos de muchachos, y los habia dado al cura para que los distribuyese entre los mas desdichados. Todos asistieron vestidos ya con decencia á nuestra misa, y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta, que fué muy alegre sin dejar de ser devota. Parecía que todas aquellas gentes habian adquirido un espíritu nuevo, que se hallaban gozosa de verse con una iglesia mas espacio-

ni escuchaba nada que no me entriese de luto el corazón. Lo único que me consoló fué el mismo cura, que me pareció en su aspecto y discursos hombre sensato y religioso, de mucho juicio y grande instrucción. La experiencia nos ha hecho conocer después su prudencia, madurez y virtud.

Desde que volvió mi amigo le di parte de mis tristes observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú, y la primera impresion que me hizo fué tan melancólica como la que tú experimentas; pero una reflexion me ha calmado, y espero que produzca el mismo efecto en tí. Yo me dije: pues Dios me trae á este lugar que parece desahogado y me da los medios de poder remediarlo, sin duda que me hace venir para que sea el reparador de tantos males. Va aquí pues la vocacion de mi vida, ve aquí el destino que me explica el cielo; tú puedes decirlo tu mismo, y en vez de gemir sobre tantas miserias, trabajemos para remediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero haremos lo que podamos, y se puede conseguir mucho con la protección del cielo, y cuando se va despacio y con madurez. Hagamos cuanto sea posible, pero que sea sin fausto ni ostentacion. Empecemos por hablar con el cura y ponernos de acuerdo con él. Estoy informado de que en la ciudad vecina hay un buen arquitecto; le haremos venir, le pediremos que nos haga un plan en que nos proponga los medios de extender, aclarar y hacer sana la iglesia, y nos podamos servir de su talento para concluir esta obra.

Paliremos al cura que vaya á la ciudad, que compre todos los ornamentos y vasos que lo parezcan necesarios para la decencia y majestad del culto, y en breve todo esto puede estar reparado. Que estas sean nuestras primeras ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hombres que ha traído aquí el cielo para ser los padres de este pueblo. Yo seria reo de toda la miseria que pudiera haber aquí si no la remediará. Dios me impuso esta obligacion dándome tantas tierras y derechos, y ahora me la renueva haciéndome vivir con estas gentes: todos los pobres son mis hijos y van á ser objetos de mi soledad. Empecemos pues por ellos, pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudió ideas tan cristianas. Vino el arquitecto, se proyectó el plan, se emprendió la obra. La iglesia se agrandó, se aclaró y adornó. El cura trajo de la ciudad lo que encontró mas propio para servir á los usos del culto, y cuando todo estuvo pronto hicimos para bendecir y abrir la iglesia una funcion devota, en que yo dije la misa y el cura nos predicó un sermón. Este sermón acabó de darnos una idea digna del mérito de nuestro pastor, pues nos predicó con la simplicidad que correspondia al auditorio, pero con toda la pureza y elevacion que pide el Evangelio y con la tierna y religiosa union de un corazón devoto y penetrado.

Mi amigo habia mandado hacer para aquel día doscientos vestidos de hombre, otros tantos de mujer y cuatrocientos de muchachos, y los habia dado al cura para que los distribuyese entre los mas desdichados. Todos asistieron vestidos ya con decencia á nuestra misa, y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta, que fué muy alegre sin dejar de ser devota. Parecía que todas aquellas gentes habian adquirido un espíritu nuevo, que se hallaban gozosa de verse con una iglesia mas espacio-

sa y elevada, en que ya no temian infección ni humedad, en que se veia mas luz, se respiraba mejor aire y se adoraba á Dios con mas decencia.

Para acabar de una vez este asunto te diré, aunque sea adelantando las épocas, que una de las cosas que nos afligieron mas, fué que entrando un día en la escuela, no vimos en ella mas que un solo número de muchachos á quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció muy extraño que en un lugar en donde habia tantos muchachos hubiese tan pocos que quisieran aprender los rudimentos mas necesarios; pero lo que nos afligió mas que todo fué ver al maestro, que conocimos era un idiota que apenas sabia leer, escribir y que solo sabia la doctrina cristiana por rutina, sin entenderla.

El cura que nos acompañaba nos dijo: que en el lugar no habia otro ni podia haberlo, porque no era posible proporcionar á un maestro que fuera capaz de enseñar bien un salario competente con que poder subsistir; que esto probaba que era una gran parte de los padres eran tan pobres, que si siquiera podian pagar la módica retribucion acostumbrada; que otro gran número que pudiera pagarla, siendo ignorantes ellos mismos y no conociendo la importancia de esta instruccion, se desahucaban de enviar á sus hijos y preferían ocuparlos en cosas que creian mas útiles que estando la escuela desierta no era posible pagar un maestro, y que si el señor hacia esto era porque no podia vivir de otra manera, y que mejor era aquello que nada, y aun así se veia continuamente precisado á socorrerlo.

Con esta motivo nos contó que el año antecedente habia venido al lugar un hombre nacido en el lugar mismo, pero que habiéndose criado en la capital, se habia instruido bien y era un maestro excelente; que estaba en estado de enseñar bien á leer, escribir y contar, y á mas muy bien enterado en la doctrina cristiana, y capaz de enseñarla con perfeccion; que habia hecho cuanto era posible para dotarla y que tomaba la escuela del lugar á su cargo; que el mismo maestro lo deseaba, porque tenia en él sus parientes y amigos; pero que habian visto que era imponible, porque el abandono general de la escuela y la incuria de los padres imposibilitaba su subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta mas pena, nos añadió el cura, porque yo hubiera encontrado en este hombre lo que hubiera satisfecho los mas vivos deseos de mi corazón. ¿Y dónde está ese hombre? lo preguntó mi amigo. Se volvió á la capital, dijo el cura. ¿Y pensais, lo volvió á decir mi amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado querria venir todavía? No lo dando, respondió, pues lo deseaba mucho. Pues bien, señor cura, conculó mi amigo; escribale que venga, yo señalaré el salario que convenga darle y yo me obligo á hacer que se le dé; que venga, que enseñe á los muchachos de baile, que su obligacion sea instruirles en la doctrina cristiana, en leer, escribir, contar y algo de dibujo y nosotros haremos lo posible para estimular á los padres á que envíen á sus hijos á la escuela.

En efecto, el hombre vino y ha desempeñado completamente el ejercicio de su ministerio. La escuela está muy bien arreglada, los muchachos van todos, mi amigo tomó para esto medidas que te explicaré después. Ahora solo te digo, que todos han aprendido fuera de lo usual alguna cosa de dibujo y algo del canto de la iglesia, que responden muy bien á los oficios, que todos los domingos y